

PEDRO EMILIO COLL

Un nuevo vacío, de imponderable importancia, quedó abierto en las filas de las letras nacionales, causado por la inesperada muerte del veterano y prestigioso prosista Pedro Emilio Coll.

Aunque escribiendo ya casi nada, y solo muy de tarde en tarde, sin embargo la presencia de Coll se hacía sentir como irradiando sana influencia cultural desde el apacible rincón de la Biblioteca de la Academia de la Historia.

Estimado de todos, respetado como maestro del buen decir, se le miraba con ese cariño llano y meritorio debido a quien ostentaba buena parte de la representación de aquel núcleo, cada vez más mermado, de escritores eminentes que un día fueron legítimo prestigio de las letras patrias dentro y fuera de nuestras fronteras.

Para amigos y admiradores, la vida y la obra literaria de Coll han sido, y por algún tiempo seguirán siendo, temas usuales de charlas y de escritos. Y en todo ello latirá una justa apreciación y simpatía.

Pero hay un buen tanto de público lector, no profesional de la literatura sino aficionado a ella, al que pudiéramos llamar la clase media de la cultura, para quien tal vez el valor y méritos de la obra literaria de Coll no le son cosa concretamente familiares y de su dominio. Y aun no faltarán eruditos o profesionales de las letras, de última hora que hayan tenido sólo un ligero contacto directo con los pocos y escasos escritos de nuestro autor. Ojalá que para todos resultaran de alguna utilidad las notas que vamos a pergeñar en torno a los escritos de quien fué un gran prosista nacional.

Si en vida, y sobre todo en sus últimos años, la figura de Coll suscitó un innegable interés cultural, eso mismo y con mayor énfasis ha ocurrido con ocasión de su muerte. Pocas veces un escritor, y miembro de

dos Academias, ha sido tan homenajeado por tantas y tan autorizadas plumas. Escritores de las viejas generaciones, de la talla de Gil Fortoul, o del matiz publicitario de Blanco Fombona, ambos fallecidos en años recientes, no superaron a Coll en la general y benévola admiración demostrada por medio de numerosos artículos y elogios en diarios y revistas.

Creemos que podría afirmarse, sin gran riesgo, que cuanto se ha escrito en vida y en muerte de P.E.C. acerca de su obra y de su personalidad, supera en cantidad a todo lo que el propio Coll dejó escrito y publicado. Porque a pesar de su no breve vida, —vivió 75 años—, Coll dejó una obra comparativamente muy breve. Esa obra no tiene ni la extensión fatigosa y precipitada de la de un Blanco Fombona o un Carbonell, ni menos aún la densidad y amplitud de trabajo de la de un Gil Fortoul.

Y sin embargo, Coll nacido en 1872, empezó ya a escribir, apenas un adolescente. El "Prólogo" a su primer libro *Palabras* lleva la fecha 1890. O sea: contaba el escritor 18 años. Aunque luego el libro mismo no salió publicado sino en la segunda quincena del mes de abril de 1897, y con pie de imprenta 1896. Y en 1894, —a los 22 años de edad—, se había embarcado valientemente con dos compañeros coetáneos suyos, Dominici y Urbaneja Achelpohl, en la audaz empresa de escribir y editar la revista "*Cosmópolis*". Y aquella revista sin dinero, de vida irregular y efímera, que no llegó a los dos años, —y frente a la pujanza y prestigio avasallador de "*El Cojo Ilustrado*"—, logró con solo doce números publicados marcar huella indeleble en las letras nacionales. Semejante hecho nos da a entender que ya Coll, —uno de los tres principales factores de dicha publicación—, a los 22 años de edad traía en la punta de su pluma algo más que la mera promesa de un futuro.

buen escritor; mejor, de un prosista excelente.

La aparición de su primer libro **Palabras** fué precisamente saludada por el órgano más prestigioso de nuestra cultura literaria de todos los tiempos, "**El Cojo Ilustrado**" con frases definitivamente consagratorias. Por ser poco conocido aquel juicio, queremos citar algunos párrafos, ya que en ellos además se halla un enfoque acertadísimo del estilo de Coll. Dice aquel juicio: "Bautizado está el libro en el Jordán profano de la ironía renanista y lleva nombre arrancado a los labios del extraño personaje que simboliza la duda en al tragedia shakespeariana. Para los que gustan bajar el fondo de las almas y pueden estudiar sus profundidades arcanas, este dato bastaría para sorprender una de las tantas singularidades del temperamento del autor. Resalta en su obra la influencia de los modernos procedimientos literarios; y, alma inquieta, sensible a las menores impresiones, expone la suya a todas las miradas; "cuenta las aventuras de las de los demás, al través de las obras que éstos han producido"; bosqueja la personalidad intelectual de sus contemporáneos con amable precisión; estudia a los maestros y acierta en las síntesis que le resultan de ese estudio; copia la naturaleza con exquisiteces de artista; y cuando departe familiarmente con el lector, es razonado, claro, insinuante, y sin esfuerzo alguno se rodea de simpatías. Su estilo es sobrio; prefiere las ideas a las imágenes deslumbrantes pero no por eso deja de vestir aquellas con hermoso ropaje. La claridad es bella. No hay página de este libro que no haya sido intenseamente sentida. Coll obedece más que nadie a la necesidad modernista de analizar las sensaciones no bien las ha recibido. La crítica, al estudiar la obra de Coll, encontrará un talento organizado para obras de más aliento, un alma sincera y un fanático del arte. Su primer libro no es una promesa. Es una reputación en la literatura venezolana" (1). No conocemos escrito alguno en el que con más concisión, acierto y galanura que en éste se hayan destacado las verdaderas características de la obra literaria de Coll. Puede afirmarse que eso que dijo "El Cojo" respecto de su primer libro **Palabras**, pudo

(1) Cfr. "El Cojo Ilustrado", número 128, Caracas 15 de abril de 1897, pg. 340. Es lástima que esta nota bibliográfica, incorporada a la sección "Suelos Editoriales", aparezca sin firma. No sabemos pues a quién deba atribuírsé tan atinado juicio sobre Coll.

aplicarse con igual actualidad y lozanía a los demás escritos poesteriores.

Fijándonos, aunque no con mucha detención, en alguna de las ideas directrices de la actividad literaria de Coll, le vemos en sus principios insistir con enamorada repetición en lo necesario que es al escritor la sinceridad. En uno de sus primeros escritos, que tituló "Examen de conciencia", nos va diciendo: "...a mí sólo me toca ser sincero y expresar lo que siento, deformándolo lo menos posible al transmitirlo con la pluma. Como escritor, mi divisa no puede ser otra que la del gran loco Verlaine: "Sinceridad y seguir al pie de la letra la impresión del momento".

Y más adelante escribe: "Lo que me hace simpatizar más con el Impresionismo contemporáneo, es esa sinceridad humilde y deliciosa, ese tóxico reconocimiento de nuestra ignorancia". Y poco después: "Seamos sinceros, dejemos pasar las impresiones a nuestro espíritu como a través de un cristal pasa un rayo de sol límpido y brillante en el que revolotean mil átomos luminosos". Y tras de repetir aún varias veces esa misma idea, cierra aquel escrito con estas frases: "¿Queréis sentir el alma tranquila y fresca como bañada por el rocío? Emplead todos los tesoros de vuestro corazón y todas las energías de vuestra inteligencia en el triunfo de la Justicia y el bien de la Humanidad" (2).

Nadie al leer tales expresiones, y el tono con que Coll las decía, pudo sospechar o prever que aquel escritor mozo de veinticuatro años no terminaría su libro sin dar ya manifiestas y repetidas muestras de cansancio y de desilusión. Pero es un hecho que aquella desilusión se afincó en su vida, de ahí en adelante, para ya más nunca desaparecer. Y consiguientemente la obra literaria de Coll que tan espléndidas promesas ofrecía, se fué quedando trunca y atrofiada. Quedó en germen el que iba a ser un gran escritor; pero afortunadamente lo poco que dejó publicado fué de tal calidad que bastó para salvar a un gran prosista.

Cuál pudo ser la causa precisa y determinante de aquella temprana desilusión de P. E.C. en el camino de las letras, es cosa que desconocemos. Y tal vez nadie se atrevió nunca a plantearle al escritor la pregunta directa.

Al terminar su libro **Palabras**, P.E.C., joven de 24 años, le habla al lector en un tono totalmente incongruo con su edad: se

(2) Cfr. **Palabras**, 2a. edic., Madrid, (s. f.), p. 211 y sgs.

muestra triste, y como inquieto y cansado. Siente que muchas cosas han cambiado en su mente, y terminó incluso rechazando por impracticable aquel credo de sinceridad y tolerancia que antes sustentó (3).

Sin embargo, para bien de nuestras letras, en 1901, o sea a los cinco años de su primer libro, publica Coll la primera edición de "El Castillo de Elsinor", título que comprende una breve colección de bocetos y notas fragmentarias. Entre esos dos libros se había interpuesto el paréntesis de residencia de nuestro escritor en París, donde la gran revista "Mercure de France" utilizó sus servicios como crítico literario. Tal vez aquel cambio de ambiente, y aquel horizonte más amplio, despejó un tanto y momentáneamente las brumas de desilusión que lo rodeaban. Son de entonces unos sensibles y afinados conceptos con que termina su escrito "Decadentismo y Americanismo". Refiriéndose a la necesidad en América de una crítica comprensiva y benigna ante las manifestaciones de un arte nuevo, dice: "No niego la virtud de una crítica severa; pero prefiero una crítica tolerante que tenga el santo temor de equivocarse". Y líneas más adelante exclama: "Es sabido que escribimos como el árbol da flores, y, si se quiere, espinas, pero en fin, es para nosotros el arte una función natural del alma, tal vez un consuelo y una liberación, y nunca un cómodo sistema de acaparar monedas. El literato suele ser entre nosotros un hombre que como cualquier otro va a su taller o calcula sobre los libros comerciales, dedicando algunos ratos a cantar sus esperanzas y desesperaciones, quizá con algunas faltas de gramática, y que termina sus días en un consulado o en un almacén, después de saborear la gloria de ser leído por media do-

(3) El año 1939, estando Coll en París, le escribía al Director de la Revista Nacional de Cultura una carta en la que le puntualizaba algunas observaciones respecto del supuesto extranjerismo del grupo literario de "Cosmópolis". La "Revista Nacional de Cultura" publicó en su primer número, un ensayo de M. Picón Salas titulado "Trayectoria del pensamiento venezolano", y esto dió ocasión para la carta de Coll, en la cual sin embargo, volviendo su vista atrás el autor de "Palabras...", dice textualmente: "Para terminar, he de añadir que poco tengo que rectificar todavía a mi "Examen de conciencia" de mis veinticinco años." ¿Sería que el galano prosista olvidaba o rechazaba ahora sus terminantes afirmaciones "Al lector y al crítico" con que cerraba aquel mismo libro "Palabras"? Cfr., la citada carta de Coll en "Revista Nacional de Cultura", nº 4, Caracas, febrero de 1939, p. 50.

cena de amigos en la sección recreativa de un periódico" (4).

Por lo demás este segundo libro sigue ostentando la misma sobriedad de estilo y la misma claridad de expresión que el primero, no menos que su dosis de fina ironía. Modelo de entre esas páginas es el brevísimo apunte en forma de cuento, que pronto se hizo clásico en nuestras letras, titulado "El diente roto".

Pero vuelto a Caracas, Coll continúa en una actitud de relativa reserva y casi de retiro ante las actividades literarias. En 1907, el joven "Lino Sutil" (Rafael Silva) que escribía unos amenos artículos titulados "¿Cómo escriben los escritores?", nos dice al referirse a Coll: "Fué en "El Calvario" donde abordé a Pedro Emilio Coll para preguntarle cuál es su manera de escribir las sutilezas que leímos en otro tiempo nacidas de su pluma. El joven filósofo que últimamente va por caminos muy distantes de los caminos de la literatura, sin que nadie, ni él mismo sepa por qué; el fino observador cuyo silencio es una lástima para el arte, oyó mi interpelación como si no la comprendiera, como si yo le hablara de cosas que él supo, pero que ya no sabe". De modo que alrededor de sus 35 años de edad, cuando el talento y la pluma de Coll podían estar ya llegando a cierta madurez y productividad literaria, se le encontraba alejándose cada vez más de tales actividades. Y por cierto que la respuesta que entonces dió a Silva contiene datos de algún interés. Después de afirmar que casi nunca lograba en asuntos líricos (o literarios) una satisfactoria exteriorización de su pensamiento, dice: "Mi ideal sería llamar la atención, en forma sencilla, sobre las bellezas y rarezas de la vida cotidiana. Después de leer, de paseo o en conversación con amigos, ocurrenme ideas, hijas tal vez de un trabajo subconsciente, como hoy se explica, que por su apariencia de originalidad muéveme a buscarles una expresión literaria; pero luego, o fuerza de meditarlas, familiarízome con ellas, las encuentro triviales e indignas de una vestidura verbal... y, por lo regular, quédanse inéditas en el fondo de mi espíritu hasta que, a veces, vuelan desfiguradas y contrahechas en alas de una emborronada cuartilla, o las encuentro hermosamente expresadas por algún otro". Y con-

(4) Cfr. El Castillo de Elsinor, Caracas, Tip. Herrera Irigoyen y C^{ía}, 1901, pp. 98-99.

clufa luego: "Pensar me gusta más que escribir" (5).

Tal vez esta última frase encierra una buena parte de la razón de la exigua producción impresa de Coll. Y el hecho fué que ese menor gusto por escribir siguió acentuándose con el correr de los años.

De aquel parcial alejamiento de actividades literarias vino a sacarlo su designación para ocupar un puesto de número en la Academia Venezolana de la Lengua. Su recepción tuvo lugar en marzo de 1911. Y el discurso que en esa ocasión pronunció vino a quedar sin duda andando los años como uno de los más acuciosos y reposados trabajos de Coll. Presentó la olvidada figura de Ramón Campos, sociólogo español de fines del siglo XVIII, enfocada a través de las páginas de su interesante y casi desconocida obra "**La desigualdad personal en la sociedad civil**". El mismo Coll debía apreciar bastante este trabajo suyo. Pues lo reprodujo íntegro, y siempre retocándolo, varias veces, y en sus dos libros "**El Castillo de Elsinor**" y "**La escondida senda**".

La segunda edición de sus dos primeros libros "**Palabras**" y "**El Castillo de Elsinor**", hecha en un solo volumen para la "Biblioteca Andrés Bello" que dirigía Blanco Fombona en Madrid, apareció notablemente aumentada. Coll había añadido a la parte de "**El Castillo**" casi cien nuevas páginas, entre ellas varios cuentos breves, algunas notas y comentarios críticos, y el ya referido discurso de incorporación a la Academia de la Lengua. Ese libro fué publicado sin fecha, aunque se suele señalar por los bibliógrafos la de 1916. De donde deducimos que a partir de la primera edición de "**El Castillo**" que fué en 1901, pasa Coll quince años, y de los mejores de su vida, en una casi nula actividad literaria, pues salvo su trabajo de incorporación como académico, el resto de su producción se reduce a breves páginas de contenido poco trascendente, aunque deliciosamente bien escritas. Si pequeños en su contenido habían sido los dos primeros libros de Coll, el tercero siguió igual pauta. Y también hasta al aparición de éste que se llamó "**La Escondida Senda**" habían pasado más de diez años desde la segunda edición aumentada de "**El Castillo de Elsinor**". De nuevo en este tercer libro, como antes indicamos, reproduce con algunos retoques su discurso-estudio de entrada en la Academia de la Lengua, sobre el libro del español Ra-

(5) Cfr. Rafael Silva, **Nieve y Sol**, Emp. El Cojo, 1910, pp. 110-111.

món Campos. Fuera de ese que fué siempre el trabajo más elaborado que Coll publicó, "**La Escondida Senda**" trae otras dos buenas piezas de estudio perspicaz y estilizado. Uno es su conferencia en la "Federación Universitaria Hispanoamericana" de Madrid, el año 1927, sobre el tema "Años de aprendizaje de Simón Bolívar". P.E.C. cuenta entonces 55 años; es pues un hombre maduro, pero no un viejo; y sin embargo empieza su conferencia haciendo referencia a sus "cansadas palabras", y a sus "cabellos grises" y a su vejez.

La otra buena pieza es también una conferencia, pero pronunciada dos años antes, en 1925, en la Universidad Central de Caracas. La tituló "Visita a Leonardo de Vinci". Es un exquisito alarde de meditación y de paráfrasis en torno a la figura y a la obra múltiple del gran artista de "La Cena" y de "La Gioconda". Y el tema lo desarrolla muy a su gusto, tomando la consideración de un apotegma del mismo Vinci, que dice: "Naturalmente, toda cosa desea conservarse en su esencia".

Pero el mismo Coll en el comienzo de esa conferencia nos ha dejado unos datos autobiográficos, que aunque son expresiones referencia a sus **intermitentes** apariciones de modesta presentación, son al mismo tiempo sincera confesión de una realidad. Hace de aficionado a las letras, y luego dice: "En realidad, cuanto he escrito para el público han sido glosas de lecturas, ya de libros, ya de jeroglíficos y enigmas que la vida teje en la trama confusa de los días" (6). Toda la conferencia, que no es muy larga, está trabajada con cariño y serenidad clásica y su lectura inspira esa misma serenidad.

El resto del libro "**La escondida Senda**" lo forman tres cuentos, de expresión y trama sencilla, pero de cierto tono o significado trascendente, mezcla un poco confusa de filosofía moral y de religión; y por último, bajo el título general de "El paso errante" viene una serie de **notículas**, —como el autor las llama—, breves críticas o comentarios sobre autores, y preciosas viñetas en torno a ideas fugaces. Entre éstas inserta aquel brevísimo y atinado paralelismo titulado "Las dos llaves" que antes apareciera en la segunda edición de "**El Castillo**". Y el libro se cierra con "Extasis", breve momento descriptivo y meditativo en el interior de la Catedral caraqueña, —remanso de silencio y paz—, a la hora del mediodía cuan-

(6) Cfr. **La Escondida Senda**, Madrid, Talleres Espasa-Colpe, 1927, p. 33.

do afuera todo es ruido y movimiento. Y sus últimas palabras son estas: "Si nos arrodilláramos, acaso acudiría a nuestros corazones la olvidada oración de nuestras madres. Pero si alguien nos sorprendiera en tan piadosa actitud, cómo comprendería que nuestra inteligencia, en ese instante, conforme al ideal de un Leonardo o de un Goethe, alcanza su posible perfección, al reposar en el centro de la cruz, allí donde la línea ascendente, símbolo de nuestra aspiración al Infinito, toca y se confunde, en un punto, con la horizontal que, extendida sobre la tierra, traza con sus brazos la dirección de nuestro amor humano y mortal" (7).

En 1934, P.E.C. se recibe como individuo de número de la Academia Nacional de la Historia. Fué éste uno de los dos últimos trabajos de especial estudio que nos regaló su hábil pluma de prosista. En él pasa revista a personajes y hechos de nuestra primera historia republicana, muchos de los cuales han sido llamados "lirismos" por quienes no han comprendido que no solamente fueron "potencias y promesas latentes de progresos constructivos", sino que de hecho contribuyeron al progreso político-social de Venezuela. El otro trabajo, en 1942, fué un prólogo, relativamente largo —diecisiete páginas— titulado "Itinerario", para el libro de Blanco Fombona *Dos años y medio de inquietud*. Es un prólogo en el que con tino y sobriedad puntualiza algunos rasgos de la obra literaria de Blanco Fombona, que era necesario señalar (8).

No hemos querido hacer un recuento minucioso, ni crítico-bibliográfico de todas las producciones del ingenio y de la pluma de Coll. Nos hemos fijado sólo en algunos aspectos de sus principales escritos.

Y al pasarle revista comprobamos que fué un hecho, en su larga vida, el alejamiento de Coll de las actividades literarias que llamaríamos *ad extra*. En su juventud y edad madura, fué espaciando cada vez más sus escritos. Y aun lo que iba escribiendo, —con aquel lenguaje suyo tan terso, tan sin aparato, tan transparente—,

(7) *Idem*, pp. 139-140.

(8) R. Blanco Fombona, *Dos Años y Medio de Inquietud*, prólogo de Pedro Emilio Coll, Caracas, 1942, Editorial Impresores Unidos, pp. V-XXI.

lo reducía casi a la mínima extensión (9). Vivía en su interior. Pensaba, meditaba y sólo de tarde en tarde, muchas veces compelido por ineludibles deberes literarios, salía al exterior, y nos recorría un poco el velo de su espíritu amante del bien y de la belleza. Lástima que eso ocurriese relativamente pocas veces. Nos ocurre que su obra literaria hace incorporar a Coll en parte al grupo de los que Luis Correa apellidó "los inacabados".

Resumiendo: sin hablar del hombre que fué todo bondad y simpatía, y cuya biografía a otros toca trazar; mirando tan solo a su obra literaria fragmentaria, breve e irregular en su desarrollo y en su aparición, podemos decir que Coll nos ha dejado un conjunto de páginas en las que se admira un fino temperamento artístico, y un observador benévolo y equilibrado que con palabras sencillas, sin petulancias ni fingimientos de lenguaje, pero con atildada precisión y pureza, supo siempre decir cosas nuevas y originales. Si no siempre nuevas en la idea, sí en la manera de presentarlas. Sin pretenderlo, sin alardes vanos, y sin llenar gruesos volúmenes —que tanto nos hubieran deleitado!— Coll dejó conquistado su puesto de excelente prosista, modelo de estilistas, en las letras venezolanas.

(9) Picón Febres se expresó muy atinadamente de la obra de Coll, con estas palabras: "Pedro Emilio Coll por lo general no escribe sino exquisitas minaturas, no comprensibles para el vulgo por encerrar la alegoría o el simbolismo; y lástima es que poseyendo tan excelentes condiciones hasta como estilista delicado, no las aplique a trabajos de mayor intensidad y trascendencia, con los cuales podría cosechar triunfos ruidosos".

Y en otro pasaje dice también estas precisas frases: "Pedro Emilio Coll es quizás el representante más definido de esa crítica sutil que en la consideración de las obras de sentimiento y fantasía tiene mucho que hacer con la psicología que encierran, con las sensaciones, con sus diferentes matices y con el temperamento del autor: en ese campo ha tenido grande alcance y apreciaciones muy hermosas, siendo de lamentarse lo demasiado sintético de ellas".

Cfr. ambas citas en G. Picón Febres, "La Literatura Venezolana en el siglo XIX", Caracas, Empresa El Cojo, 1906, pp. 424 y 428.

Pedro P. Barnola, S. J.